



LIBERALISMO Y SOCIALISMO

José FERNANDEZ SANTILLAN

Comúnmente se reconoce que el liberalismo y el socialismo dieron origen a tradiciones culturales y políticas divergentes, como si hubiesen sido concebidos para ocupar polos opuestos en el panorama de las ideas y de los movimientos políticos. Veamos: uno tiene sus raíces en el individualismo, otro se sustenta en el organicismo; el primero defiende la propiedad privada, el segundo la propiedad colectiva; aquél resalta la competencia, éste la cooperación.

El liberalismo, sobre todo el económico (también conocido como *liberismo*), resalta la ausencia de restricciones y la libertad de mercado. El socialismo, en especial su versión más difundida, el marxismo, destaca la planificación y el trabajo colectivo; el primero es considerado como la ideología de la burguesía, el segundo como la doctrina del proletariado.

La oposición entre ellos se configuró a través del conflicto entre opciones de clase aparentemente irreconciliables. No se puede negar que, en la mayoría de los casos, los partidos liberales y los partidos socialis-

tas, fueron antagónicos. La historia de los siglos XIX y XX está plagada de choques entre ellos, tanto en el terreno de las ideas como en el del poder. Se trataba de descalificar las sugerencias del contrario para resaltar las propias. Así, entre los socialistas las tesis liberales fueron tomadas como un engaño que trataba de esconder la realidad de la explotación de la gran masa de trabajadores y, consecuentemente, el dominio de unos cuantos, bajo el velo de la libre competencia y la defensa de la propiedad privada. Marx y Engels, por ejemplo, calificaron esas tesis como simples «bravatas». Luego entonces, lo que se planteaba era la cooperación social y la propiedad colectiva. En correspondencia, entre los liberales las propuestas socialistas fueron asumidas como una argucia que tras la promesa de una sociedad mejor ocultaba la intención de ahogar la individualidad en aras de una supuesta igualdad. Mas esa igualdad, según Tocqueville, se quería «en la molestia y la servidumbre». Por tanto, lo que se deseaba era la garantía de los derechos civiles y la expansión de la libertad económica.

Desde un principio los socialistas se alzaron contra un sistema injusto basado en la competencia. De allí que se empeñaran en la búsqueda de la igualdad social. Por su parte, los liberales previeron y se opusieron a la carencia de alternativas que de manera inevitable traería consigo la tiranía animada por el igualitarismo. Por ello se comprometieron a alcanzar la más amplia libertad personal.

Ahora bien, aunque la distancia entre liberalismo y socialismo —tomados así, en bloque— salta a la vista ante argumentos como los expuestos hasta aquí, en un análisis más particularizado debemos considerar que dentro de cada uno existen diferentes versiones. Dicho de otro modo: no hay sólo un liberalismo ni un único socialismo, sino varios. Ciertamente, esa separación se aprecia con más claridad al confrontar interpretaciones radicales, es decir, de una parte, el socialismo revolucionario encarnado en el marxismo y, de otra, el liberalismo conservador representado por el *liberismo*. No obstante, habría que decir que la lucha política e ideológica en muchas ocasiones no sólo se presentó entre bandos opuestos, sino también dentro de un mismo bando. En el socialismo, por ejemplo, hubo un litigio por no dejar fuera cuestiones como la libertad y el derecho de propiedad. De manera semejante, en el liberalismo hubo una discusión por no dejar de lado los problemas sociales. En tal virtud, y frente a las vertientes que aparecieron, brotaron al mismo tiempo ciertos tipos de socialismo que ya no fueron indiferentes a las propuestas liberales, y cierta gama de liberalismos que dejaron de ser insensibles a las demandas socialistas. De tal forma germinaron algunos híbridos: el socialismo liberal, el liberalismo socialista (los sustantivos y los adjetivos de verdad son importantes para señalar las procedencias y prioridades) y el liberalsocialismo (como un intento de síntesis). Es por demás previsible que esos intentos de combinación fuesen sometidos a crítica o desconfianza manifestadas por las líneas ortodoxas de uno y otro lado.

Es cierto que aunque surgieron estas mezclas que vinieron a enriquecer el marco de referencia de las doctrinas políticas y sociales, la hegemonía que ejercieron en sus respectivas áreas el marxismo y el liberalismo no pudo ser contestada durante un largo tiempo. Desde este punto de vista continúa teniendo vigencia lo dicho por Renato Treves: «El socialismo liberal no se concretiza en el programa de un partido, pero continúa siendo una ideología élite que está fuera de los partidos y que ejerce en el mejor de los casos con respecto a ellos una función de crítica y estímulo» (1). Así es, en efecto; todavía no ha tomado cuerpo de manera estable y consistente en ninguna organización política relevante; aún se mantiene anclado en el nivel teórico. Ello explica, en parte, el motivo por el cual el liberalsocialismo es hasta ahora mucho menos conocido que el socialismo marxista, el socialismo democrático socialdemócrata, el liberalismo democrático o la democracia liberal y el neoliberalismo. Sin embargo, cuenta en su haber con una respetable tradición digna de ser conocida.

Pues bien, en sus albores encontramos las tesis de Vandewinckel expuestas en la *Revue Républicaine* en 1834 (2). Este autor criticó al liberalismo que sólo reivindicaba los derechos individuales insistiendo en que también debían considerarse las necesidades sociales. Estimó que la convivencia entre los derechos individuales y los sociales haría que la nación no sólo protegiera las libertades de los sujetos, sino que al mismo tiempo aseguraría la subsistencia de los menos afortunados. Tal vez influido por los no tan lejanos acontecimientos de la Revolución Francesa, afirmaba que la convergencia aludida haría palpable el ideal de la *fraternité*. Llama la atención el hecho de que en épocas en las que se estaba difundiendo el socialismo utópico, y en las que el liberalismo había encontrado un periodo de auge gracias a la «Restauración», ya se manifestase el interés por integrar y no enfrentar las preferencias individuales con las demandas colectivas.

Ahora bien, es convención aceptada ubicar con más precisión los orígenes del liberalsocialismo en el pensamiento de John Stuart Mill. El itinerario que siguió la evolución de su filosofía marca el paso de uno de los más acendrados liberalismos —tanto así que su libro *On Liberty* (1859) (3) es considerado como lectura obligada para entender esa doctrina—, a la aceptación de ciertas líneas propias del socialismo, en especial la que se refiere a la búsqueda de soluciones a la precaria situación de los trabajadores, tal y como se manifiesta en el famoso capítulo VII, «Del futuro de las clases trabajadoras», incluido en edicio-

(1) Renato Treves, *Sociologia e socialismo. Ricordi e incontri*, Milán, Angeli, 1990, p. 213. [*Sociología del derecho y socialismo liberal*. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1991.]

(2) Luc Ferry y Alain Renaut, *Filosofía política (De los derechos del hombre a la idea republicana)*, México, FCE, 1990, p. 127.

(3) John Stuart Mill, *On Liberty*. [*Sobre la libertad*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.]

nes subsecuentes de los *Principles of Political Economy* (1865). En ese escrito, Mill tuvo el acierto de extender uno de los postulados más importantes del liberalismo, es decir, el antipaternalismo, al campo social: «Los pobres han soltado las andaderas y no se les puede ya gobernar o tratar como si fuesen niños. Su destino tiene que depender en lo sucesivo de sus propias cualidades. Las naciones modernas tendrán que aprender la lección de que el bienestar de un pueblo se ha de lograr por medio de la *justicia* y la *libertad* de los ciudadanos» (4).

A nuestro entender, ese antipaternalismo es uno de los prerequisites del liberalsocialismo en la medida en que es imprescindible tanto para la mayor expansión de las libertades civiles, —ganándole terreno al poder del Estado y a la intemperancia de los particulares—, como para el logro de una más amplia justicia social que no esté sujeta a la magnanimidad del gobernante y el altruismo de los que más tienen. De aquí se desprende que el alejamiento del paternalismo conlleva la madurez y la conquista de la dignidad, sea de los ciudadanos, en lo particular, sea de la colectividad, en lo general. Esas son, dice Mill, «las virtudes de la independencia».

Por cierto, confrontando el antipaternalismo reivindicado por Mill con la fraternidad promovida por Vandewinckel, podríamos decir que se complementan, pues la combinación entre el liberalismo y el socialismo supone una relación entre iguales (fraternidad), no entre menores de edad y su tutor (paternalismo).

Respecto al avance histórico, tendríamos que decir que Mill localizaba las bondades del progreso en la creación de condiciones para no tener que depender de los caprichos del paternalismo, pero al mismo tiempo en la influencia civilizadora de la asociación, vale decir, de la cooperación entre los trabajadores y los empresarios, y entre los mismos trabajadores: «En un futuro menos remoto de lo que se piensa, tal vez encontraremos a través del principio cooperativo el camino para un cambio en la sociedad que combine la libertad y la independencia del individuo con las ventajas morales, intelectuales y económicas de la producción colectiva» (5). De esta visión orientada hacia el futuro existe un fragmento muy significativo en una carta dirigida a Heinrich Rau fechada el 20 de marzo de 1852: «Me parece que el principal objetivo del mejoramiento social debe consistir en preparar (a los individuos) mediante la cultura para un estado social que combine la más grande libertad personal con la justa distribución de los frutos del trabajo».

En esta descripción de la ruta que siguió la evolución intelectual de Mill, una de las pruebas más contundentes de su creciente interés por

(4) John Stuart Mill, *Principios de economía política*, México, FCE, 1951, p. 648. El subrayado es mío.

(5) *Ibid.*, p. 676.

el socialismo es que en sus últimos años de vida trabajó en una obra dedicada a ese tema que, desgraciadamente, quedó inconclusa. Pero debe quedar claro que el acercamiento al socialismo jamás implicó una aceptación incondicional de sus propuestas. Por el contrario, rechazó los ataques a la competencia provenientes de autores como Owen, Fourier y Saint-Simon —ellos constituyeron su blanco polémico, no Marx—. Es por esto que encontró su lugar a mitad de camino entre el liberalismo y el socialismo precisamente en los cimientos del liberalsocialismo o, mejor dicho —para emplear el vocablo de Pellicani— del liberalismo socialista.

La trayectoria inversa a la de Mill, es decir, no la que se mueve del liberalismo al socialismo sino la que se desplaza de éste al liberalismo, por lo general se dio en autores que dentro del socialismo criticaron al marxismo. En la base de este proceso localizamos el revisionismo de Eduard Bernstein, un hombre dotado de una gran autoridad intelectual y moral dentro del partido socialdemócrata alemán, que en ese entonces continuaba empleando la terminología revolucionaria aunque en la práctica ya había aceptado la acción parlamentaria y la legislación pública.

Bernstein, quien estuvo muy cerca de Engels, tuvo la suficiente sensatez como para admitir y hacer explícita esa distancia; trató de romper con el «atavismo político» que no permitía que los miembros de esa organización fuesen más consecuentes con la línea por la que, de hecho, habían optado. Es verdad que en su libro *Die Voraussetzungen des Sozialismus* (1896) el tema fundamental no es el acercamiento al liberalismo: hay temas más desarrollados, como la búsqueda de las raíces filosóficas de Marx, la interpretación de los problemas económicos, la preocupación por la ruta a seguir por parte de la socialdemocracia, etc. Así y todo, hace alusiones por demás interesantes acerca de la relación entre socialismo y liberalismo.

Para Bernstein era inocultable que el liberalismo había favorecido a la burguesía y al capitalismo. Pero se trataba de una exigencia histórica para derribar los obstáculos impuestos por el mundo medieval; no estaba dicho que el liberalismo tuviese que detenerse allí: «El hecho de que haya asumido en un primer momento la forma de liberalismo burgués, no obsta para que sea el portavoz de un principio social general mucho más amplio, cuya realización será el socialismo» (6). En opinión de Bernstein, entre el liberalismo y el socialismo no hay ruptura sino continuidad: «por lo que respecta al liberalismo como movimiento histórico universal, el socialismo es el heredero legítimo, no sólo desde el punto de vista cronológico sino también desde el punto de vista del contenido social» (7).

(6) Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1982, p. 225.

(7) *Ibid.*, p. 223.

Si el liberalismo conquistó libertades de tipo económico y civil que en la práctica beneficiaron a unos cuantos, el socialismo se encargaría de conseguir que el cuadro de las libertades se profundizara y ampliara: «En realidad no existe una idea liberal que no pertenezca también al contenido ideal del socialismo» (8). Pero Bernstein hacía hincapié en que las libertades, para realizarse, exigían responsabilidad y organización. El socialismo que tenía en mente no era un sistema cerrado sino abierto, donde los sujetos disfrutarían de la libertad económica pero con un sentido de compromiso colectivo. Para que esa libertad no cayera en la anarquía (ausencia de compromiso) debía recurrirse a la organización: el socialismo sería un liberalismo organizado. Lo que en cualquier caso Bernstein contemplaba con reservas no era tanto la reivindicación del individualismo del liberalismo —que le parecía una aportación para el mundo moderno—, sino que se lo identificara con el particularismo, con la dispersión que pesa sobre todos, como decía Lassalle, desde la Edad Media. Tal es el peligro del libe-rismo, al que Bernstein gustaba llamar *manchesterismo*.

No obstante, Bernstein no fue un socialista liberal; fue un socialdemócrata, que se empeñó en la reforma del marxismo y que en la realización de ese propósito brindó una contribución importante para romper el dogmatismo y abrir las puertas a otras versiones del socialismo.

Si éstas son las fuentes originales del liberalsocialismo, tendríamos que decir que existen otras referencias que también deben ser tomadas en cuenta. Al respecto asevera Tranfaglia que ya en tiempos de Marx la expresión *liberalsocialismo* no era extraña: «En Alemania, al mismo tiempo que Marx redactaba el *Manifiesto del Partido Comunista*, la expresión *liberaler Sozialismus* ya circulaba en el debate político; así también en Francia e Inglaterra aparecían vocablos semejantes» (9). Para el caso de Alemania cabe recordar dos textos: uno de Opitz, *Der deutsche Sozialliberalismus* (1917-1933), otro de Oppenheimer, *Systeme der Soziologie (Das ökonomische System des liberalen Sozialismus)* (1922-1929). En cuanto a Francia debe tomarse en consideración la obra de Renouvier, quien en su libro *La science de la moral* (1869) escribió que la sociedad «rechazaba sea el comunismo sea el individualismo en su acepción ordinaria y abstracta pero, desde el punto de vista práctico, una parte de la verdad se encuentra en ambas ideas: la sociedad, en efecto, busca su organización en una síntesis entre las dos(...) En la delimitación de las dos fuerzas se encuentra la armonía social». En España destaca Fernando de los Ríos, quien publicó *El sentido humanista del socialismo* (1926). En México resalta Jesús Reyes Heróles, quien en 1957 presentó los tres

(8) *Ibid.*, pp. 225-226.

(9) Nicola Tranfaglia, «Liberalsocialismo», en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci, Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1985.

volúmenes de *El liberalismo mexicano*, cuyos últimos dos capítulos están dedicados al liberalismo social. No obstante, donde encontramos una mayor producción sobre el tema que nos ocupa es en las culturas angloamericana e italiana (aunque debe precisarse que en Estados Unidos no hay una tradición socialista propiamente dicha). En el primero sobresalen Bertrand Russell, *Proposed Roads to Freedom*; J. A. Hobson, *From Capitalism to Socialism*, y John Dewey, *Liberalism and Social Action*; en el segundo, Francesco Saverio Merlini, *Formes et essence du socialisme*; Eugenio Rignano, *Di un socialismo in accordo con la dottrina economica liberale*, y Guido Calogero, *Difesa del liberalsocialismo*. Para este último, «no se puede ser plenamente liberal sin ser al mismo tiempo socialista, así como no se puede ser completamente socialista sin ser liberal. El liberal *puro* en realidad es tan sólo un liberal a medias, como el socialista *puro* es un socialista insuficiente. El liberalsocialismo no constituye una síntesis híbrida, destinada a mostrar tarde o temprano su contradicción mediante la separación, sino, antes bien, es la integración lógica de su antitética unilateralidad».

Ahora bien, donde se encuentran las versiones más acabadas —y reconocidas— del socialismo liberal es en las obras del inglés Leonard Hobhouse, *Liberalism* (1911) (10) y del italiano Carlo Rosselli, *Socialismo liberale* (1930) (11). Estos son los dos pilares principales de la tradición del liberalsocialismo. Por lo que atañe a las concepciones de Hobhouse, observamos que su concepción del liberalismo se mueve más allá de la posición clásica según la cual deben defenderse los derechos individuales mediante sucesivas limitaciones del poder de las funciones del Estado. Las limitaciones que más le preocupan son las que sufre el individuo por una serie de discriminaciones presentes en la sociedad. Tales discriminaciones se plasman en un orden jerárquico que reserva ciertos oficios, oportunidades educativas y derechos a sujetos pertenecientes a determinadas clases sociales. Las personas que pueden disfrutar de los privilegios derivados de su rango se complacen, al mismo tiempo, en humillar a los desposeídos.

Hobhouse refuta la validez de esas discriminaciones. Así, afirma que la lucha por la libertad en favor de quienes han sufrido vejaciones debidas a su posición social inevitablemente implica un esfuerzo en favor de la igualdad que diluya aquel orden jerárquico: «La lucha por la libertad, cuando se lleva a fondo, es también una lucha por la igualdad» (12). Debido a ello, el liberalismo, bien entendido, no puede admitir las diferencias de rango ni las desventajas producidas por los

(10) L. T. Hobhouse, *Liberalism*, Londres, Thornton Butterworth, 1934.

(11) Carlo Rosselli, *Socialismo liberale e altri scritti* (a cargo de John Rosselli), Turin, Einaudi, 1973. [*Socialismo liberal* (Introducción de Norberto Bobbio), Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1992.]

(12) L. T. Hobhouse, *op. cit.*, p. 32.

distintos puntos de partida. Que tales diferencias existan en la sociedad no quiere decir que deban ser toleradas; antes al contrario, deben corregirse en bien de los hombres y mujeres y de la nación en su conjunto. Por eso la sociedad no puede dejarse a merced del llamado «orden espontáneo», sería tanto como admitir la continuación de los abusos. De allí que sean necesarias algunas medidas de regulación colectiva para que realmente se pueda hablar de una libertad al alcance de todos.

Asimismo, Hobhouse se lanza contra las membresías que proporcionan prerrogativas de tipo corporativo. Eso va contra el espíritu liberal que combatió el particularismo y los sistemas cerrados propios de la Edad Media, como ya había indicado Bernstein. En sustancia, la idea de Hobhouse es la de erradicar el mayor número posible de discriminaciones presentes en una sociedad a través de la búsqueda de la igualdad. Esa es la manera de hacer factible el goce de las libertades, dando a entender que la justicia social es la premisa de la libertad individual.

La exigencia de la libertad para todos y no para unos cuantos es uno de los motivos más constantes del socialismo promovido por Carlos Rosselli: «Es en nombre de la libertad, para asegurar una concreta libertad para todos los hombres y no sólo para una minoría privilegiada, que los socialistas piden la finalización de los privilegios burgueses y la efectiva ampliación universal de las libertades burguesas; es en nombre de la libertad que piden una más equitativa distribución de los bienes y la seguridad en cualquier circunstancia a todos los sujetos de una vida digna de tal nombre» (13). En consecuencia, los socialistas no pueden admitir el criterio egoísta de la utilidad personal como guía de la convivencia. Por el contrario, para que la libertad cobre sentido debe ser regulada con base en principios generales. Para hacer frente al capitalismo desenfrenado propone una reforma de las relaciones sociales basada en el principio de justicia.

El que desde una perspectiva socialista se planteara el problema de la libertad no era un asunto menor: normalmente ese punto se descalificaba rápidamente al adjudicarle una procedencia burguesa. Pero Rosselli, saliéndose de los cánones, lo asumió como un asunto digno de ser recuperado. No se conformó con la crítica efectuada por los revisionistas, que a su entender fueron incapaces de rebasar los límites del marxismo; ellos sólo querían renovarlo, pero lo que él deseaba era superarlo. Por eso fue más allá de las tesis de Bernstein y se ubicó, sin medias tintas, fuera del horizonte planteado por Marx. A su parecer el marxismo había sufrido una erosión fatal pero no había algo que lo sustituyera: «La vieja fe se ha sacudido, pero la nueva no ha surgido... El monopolio disfrutado por el marxismo du-

(13) Carlo Rosselli, *Socialismo liberal*, op. cit., p. 437.

rante casi medio siglo desacostumbró a mucha gente a pensar originalmente, con plena independencia de juicio, los problemas del socialismo» (14).

El desafío de repensar tales problemas se le presentó con toda su crudeza ante los excesos y desviaciones del régimen soviético. Ese no era el socialismo que quería. Para él, socialismo era, sobre todo, una filosofía de la libertad que en su trayectoria hizo frente a aquel liberalismo excluyente que pregonaba la libertad y los derechos tan sólo para unos cuantos, dejando a la gran masa en el abandono; pero ahora se encontraba con otro socialismo de corte autoritario que negaba las más elementales libertades. Rosselli no admitía la esclavitud; ni la producida por la miseria, ni la generada por el totalitarismo. Doble tarea: combatir al liberalismo manchesteriano y al comunismo estalinista. La doble misión requería el enlace entre socialismo y liberalismo: «Lejos de oponerse, como querría una polémica gastada, el liberalismo y el socialismo están ligados por una relación de conexión íntima. El liberalismo constituye la fuerza de inspiración ideal, el socialismo es la fuerza de realización práctica» (15).

Pero el liberalsocialismo que ubicó doctrinariamente sus blancos polémicos en el manchesterismo y en el estalinismo, ante los acontecimientos históricos tuvo que encarar al fascismo. Era obvio que por sí sólo no podría hacerse frente a un fenómeno de tal magnitud: tuvo que formar, junto con otros movimientos entre los cuales se encontraron liberales y comunistas, un frente amplio que tratara de evitar la involución política y social. Ese fue el motivo por el cual las incipientes organizaciones inspiradas en el socialismo liberal se reagruparon o terminaron por disolverse al calor de los acontecimientos producidos por la lucha y posterior derrota del régimen de Mussolini. Seguramente Italia es el país en el que el liberalsocialismo tuvo mejores posibilidades de plasmarse en alguna (o algunas) organizaciones políticas. De hecho, así sucedió en el caso del Partido de Acción, pero ésta fue una experiencia tan intensa en la lucha antifascista como breve en el tiempo. Su vida fue muy corta, de 1942 a 1947, año en el que tuvo que disolverse al no encontrar aceptación entre los electores.

De hecho, las vías para el desarrollo del liberalsocialismo no sólo se cerraron en Italia sino en otros muchos países al dividirse el mundo en dos grandes bloques después de la Segunda Guerra Mundial: uno donde se recobró la democracia liberal y que en un corto lapso derivó en una democracia social, base del Estado benefactor; otro donde se impuso el llamado «socialismo real», en el que se hizo patente el autoritarismo burocrático. En el primer caso ascendieron al poder, a través

(14) *Ibid.*, p. 433.

(15) *Ibid.*, p. 437.

de la concurrencia electoral, los partidos de hechura socialdemócrata; en el segundo fue evidente el dominio de los partidos comunistas, los únicos reconocidos dentro de los países que cayeron en la órbita soviética.

Los socialismos que surgieron en ambos bloques tuvieron muy poco o nada que ver con el liberalsocialismo. Fue más bien el liberalismo, a secas, el que sí tuvo que ver con ellos al retomar el viejo antagonismo entre posiciones supuestamente irreconciliables: se retomaron las banderas del libre mercado y de los derechos civiles: «Ambos grupos de reivindicaciones están dirigidos polémicamente contra las únicas dos formas de socialismo hasta ahora realizadas: el primer grupo (el libre mercado), contra el socialismo democrático; el segundo (los derechos civiles), contra el socialismo de los países dominados por la Unión Soviética» (16).

En este renovado conflicto entre liberalismo y socialismo durante las primeras décadas tuvo más peso el tema de los derechos civiles negados por el estalinismo; pero luego tomó fuerza el tema de la libertad de mercado si no negada (como en el colectivismo de los países del Este) por lo menos obstruida por el intervencionismo del Estado del bienestar en los países occidentales. Siendo rigurosos en el análisis, debemos decir que el conflicto se dio entre fuerzas bastante dispares: así, tanto el modelo socialdemócrata como el sistema soviético parecían imbatibles, mientras que la posición liberal era mantenida primordialmente por unos cuantos intelectuales, según lo conoció el propio Friedrich von Hayek, padre de lo que ahora conocemos como neoliberalismo.

Esta visión descarnada no era privativa de Hayek; otros, como David G. Smith, compartían la misma opinión: «Aunque el liberalismo —sostenía este autor en los años sesenta— ha sido importante para la civilización occidental puede que no continúe siéndolo(...) Los partidos liberales y la ideología liberal, podría argüirse, han cumplido su función(...) La conclusión de que el liberalismo como partido *organizado* o como movimiento consciente está actualmente en decadencia es algo que los hechos evidencian» (17). Pero en un fenómeno que, a finales de los setenta, combinó la crisis del Estado benefactor con la adopción de las tesis que proclaman el «Estado mínimo» por parte de organizaciones políticas y empresariales, el liberalismo volvió por sus fueros bajo un espíritu ostentadamente agresivo. El repliegue de la línea socialdemócrata y la toma del mando por partidos conservadores fue seguida por el desmantelamiento del Estado benefactor. A juicio de los liberales,

(16) Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, México, FCE, 1986, p. 91.

(17) David G. Smith, «Liberalismo», en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, vol. VI, Madrid, Aguilar, 1975, p. 584. La edición original en inglés es de 1968.

que rápidamente vieron crecer sus filas, el fracaso de la estrategia keynesiana se debió al desproporcionado crecimiento del aparato gubernamental, al derroche de recursos, al desmesurado endeudamiento público y a que se permitió que las demandas sociales aumentasen sin que hubiese una correspondiente capacidad de respuesta. La solución consistió en reducir al mínimo indispensable las instituciones del Estado, sanear las finanzas públicas por medio de cortes drásticos del gasto e incremento de los ingresos, y frenar las expectativas sociales.

Por fin uno de los bastiones del socialismo, aunque fuera el más moderado, había cedido, lo cual era digno de celebrarse; pero cuando al poco tiempo el otro, el más duro, se derrumbó sorpresiva y estrepitosamente, la fiesta alcanzó tonos de euforia: el liberalismo había derrotado a su tradicional enemigo, el socialismo. Lejos quedaban los días de dominio incontestado de éste y de falta de perspectivas de aquél. Para los neoliberales la lección era clara: el desarrollo político y social debe realizarse sin el concurso del socialismo y sus valores, en cualquiera de sus modalidades. Simple y sencillamente no puede combinarse con la libertad económica y los derechos civiles porque tarde o temprano termina carcomiéndolos. Empero, la lección no es tan clara desde el momento en que los problemas que dieron origen al socialismo, es decir, la injusticia, la desigualdad de oportunidades, los desequilibrios económicos y sociales, la arrogancia de los poderosos en íntima relación con la miseria de los débiles, no sólo se mantienen sino que en muchos casos se han profundizado.

Si el «socialismo real» evidenció excesos y carencias en detrimento de la dignidad humana, el neoliberalismo, al que podríamos denominar «liberalismo real», también ha mostrado abusos y omisiones contra esa dignidad. Es cierto que estos abusos y omisiones son de otra naturaleza, pero de cualquier forma indican que esa no es la vía adecuada para solucionar las dificultades que plantean las sociedades modernas.

Lo ocurrido en los últimos años puede ser interpretado de muy diferentes maneras, pero lo cierto es que los extremos han mostrado sus inconvenientes. Luego entonces, parece abrirse otra oportunidad para el liberalsocialismo. Sobre el particular, Perry Anderson ha escrito: «Tras un importante intermedio estamos presenciando una nueva y significativa gama de intentos por sintetizar la tradición liberal y la tradición socialista» (18). En esta significativa gama incluye las obras de autores anglosajones como de C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy* (1977) [*La democracia liberal y su época*, Madrid, Alianza, 1991]; John Rawls, *A Theory of Justice* (1971) [*Teoría de la justicia*, Madrid, FCE, 1979]; Robert Dahl, *A Preface to Economic Democracy*

(18) Perry Anderson, «The affinities of Norberto Bobbio», *New Left Review*, número 170, julio-agosto 1988, p. 6.

(1985); David Held, *Models of Democracy* (1987) [*Modelos de democracia*, Madrid, Alianza, 1991]; John Dunn, *Politics of Socialism* (1984); Joshua Cohen y Joel Roger, *On Democracy* (1983); Samuel Bowles y Herbert Gintis, *Capitalism and Democracy* (1986). Es verdad que todas estas obras se escribieron con antelación a la caída del Muro de Berlín y algunas de ellas incluso antes de que el neoliberalismo sentara sus reales; mas, con todo, son sintomáticas de lo que estaba pasando frente a la anunciada oleada neoliberal, el declive del socialismo soviético y el agotamiento del ciclo socialdemócrata. Por eso las cita Anderson como intentos por encontrar alguna opción diferente de las que mostraba el panorama. ¿Qué otra mejor sino la confluencia entre el liberalismo y el socialismo? La revolución de terciopelo, escenificada en 1989, y los estropicios sociales producidos por el liberalismo de nuevo cuño hicieron más patente la conveniencia de trabajar en favor de esa alternativa.

Anderson llamó la atención sobre esta gama de intentos por conciliar el liberalismo con el socialismo en un ensayo intitulado «The Affinities of Norberto Bobbio» publicado en *New Left Review*. Dos de las mayores virtudes de este trabajo consisten en haberle imprimido nuevos bríos al debate sobre el tópico y en poner frente a frente las tradiciones angloamericana e italiana en la materia. Esta última virtud es más significativa en cuanto Anderson no se inscribe ni en el liberalismo ni en el socialismo reformista sino que es catalogado entre los más conspicuos escritores marxistas. Podría esperarse, entonces, que en un trabajo de esta naturaleza y dada la filiación del autor se emprendieran duras críticas contra uno y otro, pero si bien Anderson en no pocos tramos del ensayo deja ver sus afinidades electivas, es lo suficientemente lúcido como para mostrar lo que ha sido el liberalsocialismo en esas dos culturas que, como quedó dicho, son en las que más se ha estudiado del tema.

Hay, como el propio título indica, otro eje en el ensayo: la trayectoria política y filosófica de Norberto Bobbio, de quien dice: «Cualquier reflexión sobre las relaciones entre liberalismo y socialismo debe tomar en cuenta de una manera central (su) obra». Para Anderson, el académico turinés se hizo al mismo tiempo liberal y socialista por un único impulso contra el fascismo. En efecto, Bobbio intervino en la fundación del Partido de Acción y también participó en su dolorosa disolución. Sin embargo, no dejó de trabajar intelectualmente para tender lazos entre el liberalismo y el socialismo a pesar de que las circunstancias ya no fueron propicias. A juicio de Anderson, sin embargo, el esfuerzo por tender puentes entre esas doctrinas ha sido obstaculizado por la supuesta presencia conservadora en la formación de Bobbio: desde un principio, su formación teórica incluía no sólo un filón socialista y un filón liberal, sino también un filón conservador. En los textos de Bobbio, el socialismo liberal se revela como un compuesto inestable: los dos elementos —liberalismo y socialismo—, tras atraerse en apariencia, terminan por separarse y, en el mismo proceso

químico, el liberalismo se mueve hacia el conservadurismo (19). El calificativo de conservador le fue atribuido por el realismo político que en muchos de los escritos bobbianos sin duda está presente.

Es oportuno indicar que, a raíz de este trabajo, se dio un intercambio epistolar entre Anderson y Bobbio. En la primera carta del 3 de noviembre de 1988, Bobbio cuestionó la identificación efectuada por Anderson entre conservadurismo y realismo en los siguientes términos: «Uno de los puntos más interesantes (e ilustrativos también para mí) de su análisis es el que se refiere a la relevancia dada a mi 'realismo' que chocaría, hasta hacer incoherente el conjunto de mi pensamiento, con las ideas liberales y socialistas. Pero para usted 'realismo' es sinónimo de 'conservadurismo'. He tenido oportunidad de decir en repetidas ocasiones que Marx tuvo el gran mérito de ser al mismo tiempo un revolucionario y un realista, tanto así que es llamado el Maquiavelo del proletariado. Y Lenin, ¿no era realista?, ¿y Trotsky?» (20).

En relación con este cuestionamiento en una misiva del 12 de diciembre de 1988, Anderson escribió: «En su respuesta, usted observa ante todo que me limito a identificar la tradición realista con el conservadurismo (...) considero, en este caso, merecer de alguna manera su crítica. De otra parte, también es verdad que de mis repetidos elogios (pp. 28, 31) en referencia a su realismo histórico, los lectores habrían debido derivar la impresión de que no nutro ninguna hostilidad de principio en relación a la perspectiva realista en cuanto tal. Por lo demás, ¿cómo podría? Sobre todo en vista de que, como usted recuerda nuevamente y con razón, Marx, Lenin y Trotsky deben ser enlistados entre los pensadores realistas de primer orden» (21).

La divergencia sobre el conservadurismo quedaba aclarada, pero el debate sobre el liberalsocialismo, que era el asunto más importante, quedaba en pie. Anderson había concluido su ensayo de la *New Left Review* de la siguiente manera: «A pesar de toda la buena voluntad y el talento invertidos en ella, la síntesis de liberalismo y socialismo no ha llegado a prender hasta ahora. Esto no significa que así tenga que ser siempre. Las energías renovadas que esa concepción atrae actualmente —ya que ¿quién podría desear un socialismo iliberal?— tal vez apunten en la otra dirección. Es demasiado pronto para decirlo. Pero cierta noción de la historia de esa empresa probablemente será una condición para reemprenderla con éxito» (22). En la carta de Bobbio del 3 de noviembre hay un fragmento ligado a esta última afirmación: «Estoy convencido de que es necesario tener el coraje de redefinir el

(19) Perry Anderson, *op. cit.*, p. 35.

(20) Norberto Bobbio, Perry Anderson, «Un carteggio», en *Teoria politica*, núm. 2-3, 1989, p. 294.

(21) *Ibid.*, p. 297.

(22) Perry Anderson, *op. cit.*, p. 36.

socialismo, porque permaneciendo en su definición histórica —la eliminación de la propiedad privada y la sustitución de la propiedad privada por la propiedad colectiva—, una reforma integralmente socialista no sólo aparece como democráticamente impracticable sino también, considerando ‘realmente’ los resultados en los países en los que el socialismo ha sido realizado, indeseable. Pero tampoco deseo ir más allá. Sería presuntuoso: ‘*It is too soon to say*’. Así y todo, entre usted y yo hay una diferencia: si para usted es ‘demasiado pronto’, para mí es ‘¡demasiado tarde!’» (23).

En la respuesta de Anderson del 12 de diciembre las dudas sobre el liberalsocialismo aparecen mucho más atenuadas: «En realidad, en referencia al ideal del liberalismo nutro más simpatías de las que usted se imagina. El hecho de que hasta ahora no se haya demostrado políticamente realizable en Occidente, no significa, como subrayé en la conclusión, su condena definitiva» (24). Este último reconocimiento es digno de subrayarse, sobre todo porque, como dijimos anteriormente, se trata de uno de los más destacados escritores marxistas de nuestro tiempo. A todas luces es verdad que después de las manifestaciones opuestas al liberalismo mostradas por el socialismo soviético y, en parte, por la socialdemocracia, ahora nadie podría desear un socialismo liberal. De allí, precisamente, la pertinencia de superar tales defectos a través del liberalsocialismo. Mas, si su pertinencia histórica está a la vista, su elaboración teórica aún tiene camino por recorrer. Sus ilustres antecedentes doctrinarios sin duda son invaluable; pero hay que fundamentar todavía más el vínculo entre el liberalismo y el socialismo porque, lo queramos o no, corresponden a concepciones diferentes, y si no hay una argumentación vigorosa que las integre se corre el riesgo de producir un «compuesto químico inestable».

En abono de esta necesaria consolidación doctrinaria vale la pena recordar lo dicho por Norberto Bobbio —que inmediatamente evoca las ideas de Leonard Hobhouse— en el sentido de que el vínculo entre el liberalismo y el socialismo depende en buena medida de la forma en que logre fundamentarse la relación entre libertad e igualdad. Para Bobbio la base de la relación descansa en la igualdad porque es a partir de ella que la libertad se hace factible. Para el liberalismo, el Estado debe garantizar «a cada individuo no sólo la libertad sino la *igual* libertad, o sea, ha dejado entender que no puede ser considerado justo un sistema en el que los individuos sean libres, pero no *igualmente* libres (aunque por igualdad siempre entendió solamente la igualdad formal o, al extremo, la igualdad de oportunidades)» (25).

(23) Norberto Bobbio, Perry Anderson, *op. cit.*, p. 296.

(24) *Ibid.*, p. 299.

(25) Norberto Bobbio, *Le ideologie e il potere in crisi*, Florencia, Le Monnier, 1981, p. 29. [*Las ideologías y el poder en crisis*. Barcelona, Ariel, 1988.]

Por tanto, el debilitamiento de la libertad está en relación directa con el incremento de la desigualdad; en cuanto avanza la igualdad más hombres están en situación de acceder a la libertad: «Mientras carecería de sentido decir que sin libertad no hay igualdad, es perfectamente legítimo decir que sin igualdad (respecto al poder recíproco) no hay libertad» (26). Es por esto que la libertad, asumida a plenitud, supone la eliminación de las desigualdades.

No obstante, aquí tendríamos que hablar en plural, es decir, de la existencia de libertades y de igualdades porque entre las primeras hay algunas, en especial la libertad de mercado que, si no se somete a control, son generadoras de desigualdades; entre las segundas hay algunas, particularmente el colectivismo, que por sí mismas, sin ningún tipo de mediación, terminan atropellando las libertades. Luego no todas las libertades ni todas las igualdades son compatibles. Entre ellas hay tensiones potencialmente conflictivas que al desencadenarse harían fracasar el intento de conjunción. Pero hay otro rango de libertades e igualdades traducibles en derechos defendidas, respectivamente, por el liberalismo y por el socialismo, que no son tan incompatibles; incluso pueden ser complementarias, como ya anunciaban los precursores y los promotores del liberalsocialismo. Se trata de los derechos individuales y de los derechos sociales. Sobre este particular, Michelangelo Bovero observa: «Ciertamente el individualismo propietario de la teoría liberista del mercado 'no puede estar' junto al solidarismo de la teoría comunista de la sociedad; pero (quizá) una teoría liberal de los derechos civiles sí 'pueda estar' junto a una teoría socialista de la justicia distributiva y de los derechos sociales» (27).

Si este acoplamiento entre derechos de origen liberal y derechos de naturaleza socialista es posible, entonces es factible la confluencia. Es como decir que la síntesis puede ser intentada en el terreno común de la teoría de la ciudadanía, que no es una noción cerrada ni circunscrita temporalmente, sino abierta y receptiva a nuevas propuestas. Esta perspectiva está en consonancia con la filosofía política de la ciudadanía desarrollada por Salvatore Veca, quien ha insistido en la conveniencia de reinterpretar esa noción a la luz del lazo de continuidad entre los ideales de emancipación del liberalismo y del socialismo: «En el primer caso, la cuestión toca nuestros derechos morales negativos, las 'puertas abiertas', las opciones frente a las cuales tenemos el derecho de optar, independientemente de cualquier información moral que concierna a nuestras capacidades de caminar y franquear esas puertas. En el segundo caso, la cuestión no es propiamente la libertad, sino más bien el *valor* equitativo que ella tiene, mayor o

(26) *Ibid.*

(27) Michelangelo Bovero, «Liberalismo, socialismo, democrazia» (Definizioni minime e relazioni possibili). Ponencia presentada en el congreso *Liberalsocialismo: oxímoro o síntesis*. Alguero, Cerdeña, abril de 1991, p. 16.

menor para nosotros. Y ello no puede ser independiente de una información moral plural, referente a nuestras capacidades, a nuestro vector de funcionamiento como personas. El ideal de la emancipación socialista está vinculado *necesariamente* a la importancia moral y política de las desigualdades en las dotaciones naturales y sociales que están en tensión o en contradicción con nuestros derechos de igual ciudadanía» (28).

Los derechos civiles protegen las libertades individuales. Los derechos sociales promueven el bienestar y la seguridad económica. La ciudadanía es un estatus que se confiere a los miembros de una comunidad. Quienes alcanzan esa dignidad tienen los mismos derechos y obligaciones. Ese estatus no puede ser simplemente declarativo o formal sino que debe incidir normativamente en la propia estructura económica, social e institucional rectificando las desigualdades que contradicen los derechos civiles y sociales.

Estamos de acuerdo en que el vínculo entre los derechos civiles y sociales, que se cristaliza en el concepto ampliado de ciudadanía, constituye el punto fuerte de sustentación del liberalsocialismo. Pero este punto aislado, sin un soporte económico e institucional, es insuficiente para una visión completa del liberalsocialismo. Luego entonces: ¿cuál es el sistema económico que propone?, ¿cuál es el mejor orden institucional para su realización? Estas son incógnitas que deberán irse despejando con la contribución de quienes estén interesados en el avance teórico y en la viabilidad del proyecto liberalsocialista. Con las debidas reservas ante un problema de tal envergadura, aquí podríamos responder de forma aproximativa que el sistema económico obviamente no puede admitir ni el libre mercado ni el colectivismo en su estado puro. Más bien tendría que consistir en una mezcla regulada, en una especie de conjunción armónica entre la libre empresa y la cooperación social. Aunque esta propuesta resulta hasta cierto punto lógica habría que poner mucha atención en ella porque no todas las mezclas se logran. Por ejemplo, nos acerca al objetivo el que por un lado se apliquen políticas de corte neoliberal y al mismo tiempo se lleven a cabo estrategias de auxilio social sin que haya una complementación entre ambos polos, sino más bien una evidente contradicción entre ellos. La cuestión es que pueda haber una buena compenetración entre la competencia y la cooperación para que se pueda dar un equilibrio y ventajas complementarias para cada cual, de manera que el peso de un lado no vaya en detrimento del otro.

Por lo que hace a la parte institucional vale la pena recordar que el liberalismo se realizó al amparo de las monarquías constitucionales o de las repúblicas en las que los derechos de ciudadanía estaban fuerte-

(28) Salvatore Veca, *Cittadinanza (Riflessioni filosofiche sull'idea di emancipazione)*, Milán, Feltrinelli, 1990, p. 31.

mente restringidos, mientras que el socialismo «real» se practicó bajo la sombra de la autocracia burocrática. Está claro que gobiernos como éstos no son compatibles con el liberalsocialismo. Tomando en cuenta que el núcleo fuerte del liberalsocialismo radica en los derechos de ciudadanía, es evidente que el régimen más adecuado para él es la república democrática basada en un sistema jurídico estable que vele, entre otras cosas, por los derechos de ciudadanía ampliados, es decir, no solamente civiles o sociales sino también políticos, entendidos, estos últimos, como la atribución que permite participar en la formación de las decisiones colectivas. Tales derechos hacen posible la práctica de la democracia y constituyen la pieza que nos estaba faltando para redondear la argumentación: «Como si se dijera: la democracia 'no puede estar' sin el liberalsocialismo. Lo contrario de *oxímoron* (contradicción): una especie de *sizeusis* (síntesis) triádica o triangular» (29).

Así es: los valores del liberalismo y del socialismo son indispensables para hablar de una democracia completa, no sólo formal sino al mismo tiempo sustancial, por lo que es preciso consolidar esa síntesis triádica (campo teórico) y estipular un compromiso (esfera práctica), un nuevo contrato social cuyas primeras cláusulas incluyan los tres principios básicos de la dignidad de los modernos, es decir, libertad individual, justicia social e igualdad política.

Publicado en Etcétera, número 37, 1993

(29) Michelangelo Bovero, *op. cit.*, p. 18.
